

COLECCIÓN CULTURA Y SOCIEDAD
Creada por Carlos Altamirano

Bronislaw Baczko

LOS IMAGINARIOS SOCIALES
Memorias y esperanzas colectivas

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

MARX Y ENGELS ESTAN MUERTOS...

No, no se trata de proceder a la enésima condena a muerte simbólica. En los últimos tiempos éstas no faltan y están seguidas por una suerte de danza macabra ritual alrededor del cadáver. Una caza, si no al hombre, por lo menos al símbolo, estas muertes se convierten en un deporte de moda, una suerte de safari. ¿Cómo, por otra parte, practicar ese gesto ritual con respecto a Marx y a Engels al mismo tiempo? Sólo tiene sentido con la condición de que se designe como objeto del asesinato sacrificatorio a una sola persona, a saber, el Padre, escrito, por supuesto, con mayúscula.

En las páginas que siguen nos ocuparemos de la muerte física de Marx y Engels, o mejor dicho de dos muertes, pues cada uno sufrió la suya. Más exactamente, nos proponemos evocar las actitudes de Marx y de Engels frente a la muerte, y también los ritos funerarios que siguieron a los fallecimientos. En una segunda parte, nos gustaría hacer algunas observaciones que conciernen al discurso hagiográfico sobre la muerte de Marx y sobre la de Engels.

Marx murió el 14 de marzo de 1883, a la edad de 65 años. Los últimos 15 meses de su vida, Marx los pasó bajo el doble signo de la muerte: la de los miembros de su familia, pero también la propia, a la que siente cada vez más cerca. El 2 de diciembre de 1881 muere su mujer, Jenny Marx, que sufre una grave pleuresía desde mediados de octubre; no deja su cama para asistir al entierro. Este tiene lugar el 5 de diciembre en Londres, en el cementerio de Highgate. Jenny Marx es enterrada en una tumba concebida como panteón familiar. La asistencia es poco numerosa y Engels se encarga del elogio fúnebre. ¿Quién eligió el cementerio y el lugar de la tumba? Estamos mal informados, pero el cementerio de Highgate, por así decirlo, se imponía por sí mismo: era el cementerio de los inmigrantes, cuando no de los pobres. Marx sólo se restablece a mediados de diciembre. La gran casa del 1, Modena Villas está vacía. Sólo queda allí, junto a Marx, Helena Demuth, la gober-

nanta y amiga de la familia. Dos hijas, Jenny y Laura, viven en Francia; la tercera, Eleonora, vive en la ciudad. Marx sale de su enfermedad y del infortunio que presentó la muerte de su mujer muy disminuido, física y moralmente. Prácticamente, ya no vuelve a trabajar. El 29 de diciembre, para huir de la bruma londinense, parte hacia la isla de Wright, donde permanece sólo tres semanas. El 9 de febrero de 1882, aconsejado por su médico, parte hacia Argel. Triste estaba que no mejora en lo más mínimo su salud. A principios de mayo, Marx vuelve a Francia, y nuevamente enfermo pasa seis semanas en Argenteuil, en la casa de su hija y de su yerno, Jenny y Charles Longuet. Por otra parte, Jenny también está enferma, atacada por la tuberculosis. El 23 de julio, Marx parte a Suiza para curarse, acompañado por su otra hija, Laura Lafargue. Se queda la mayor parte del tiempo en Vevey, con cortas estancias en Lausana y Ginebra. De regreso en Londres el 26 de noviembre y nueva partida hacia la isla de Wright para escapar del otoño londinense. Pero también en la isla de Wright llueve todo el tiempo y hace frío; Marx vuelve a enfermarse. El 11 de enero de 1883 Eleonora anuncia a su padre la muerte de Jenny, su hija preferida. Destruído, Marx vuelve al día siguiente a Londres, de donde no se irá nunca más.

Durante todos esos meses, marcados por treguas cada vez más cortas y por recaídas cada vez más largas, Marx sabe que la muerte se acerca. El, que repetía, siguiendo a Epicuro, que la muerte no es una desgracia para el que muere sino para los que sobreviven, sin embargo hablaba de ella a menudo con sus parientes. Es consciente de la disminución de sus fuerzas. En diciembre de 1881, le escribe a Sorge que sale de su última enfermedad "doblemente inválido": moralmente, por la muerte de su mujer; físicamente, por la lesión de sus pulmones. Desde Argel le escribe a Engels que, a pesar de su repugnancia por cualquier exhibición patética de sus propios sentimientos, no puede disimular que sus pensamientos están casi enteramente absorbidos por el pasado, por los recuerdos de su mujer, "los mejores recuerdos de la mejor parte de (su) vida". Se lamenta porque cada vez le cuesta más escribir; se disculpa por las faltas de ortografía y de gramática que abundan en sus cartas y de las que se da cuenta sólo *post factum* (Marx a Engels, 31 de marzo de 1882). Se queja de vivir "una vida sin utilidad, sin contenido y, encima, más bien cara" (Marx a Engels, mayo de 1882). Marx no redacta un testamento (por otra parte, no tiene ninguna fortuna para legar), pero la suerte de sus manuscritos, de su obra inacabada le preocupa enormemente. Tiene una larga conversación sobre este tema con Laura en Vevey; también habla de ello con Engels y con Eleonora; sus disposiciones, en uno y otro casos, no fueron, según parece, las mismas. Las últimas semanas de su vida debieron ser particularmente penosas para él mismo y para los que lo rodeaban. Bronquitis crónica, laringitis aguda que le impide alimentarse de otro modo que no sea por líquidos (está obligado a tomar leche, a la que siempre había detestado), tumor en los pulmones. Marx está bajo vigilancia médica constante, pero el tratamiento es ineficaz; cada vez más débil, pierde peso. El día siguiente al de la muerte de su amigo, Engels intentará consolarse recordando el estado del enfermo.

El arte de los doctores tal vez hubiese podido procurarle algunos años más, una existencia vegetativa, la existencia de un ser desamparado que muere, para la gloria de los médicos, no súbitamente sino poquito a poco... Ver a ese hombre genial y potente vegetar, hecho una ruina, para la gloria de la medicina y la risotada de los bárbaros a los que él aplastó tantas veces cuando estaba en posesión de todas sus facultades: no, mil veces no, mejor aceptar lo que ocurrió [Engels a Sorge, 15 de marzo de 1883].

La muerte irrumpe bruscamente, después de una hemorragia, el 14 de marzo de 1883, a las dos y media de la mañana. Engels dejó de ella una descripción detallada: en el término de dos minutos, Marx se duerme tranquilamente y sin dolor en su sillón, para no despertarse más. Helena Demuth fue la última persona en verlo vivo. Engels insiste más de una vez en esos "dos minutos" como si no llegara a concebir que alguien como Marx pudiera morir en tan poco tiempo.

No sabemos mucho sobre los preparativos de los funerales (¿será acaso verdad, por ejemplo, que Engels puso en el traje del difunto el retrato de su padre al que Marx siempre llevaba consigo?). Algunas personas se acercaron a la casa para inclinarse frente al féretro; las exequias tuvieron lugar el 15 de marzo en Highgate. Marx fue sepultado al lado de su mujer. Engels pronunció el discurso fúnebre (en inglés); Longuet leyó los mensajes de los socialistas rusos, franceses y españoles; Liebknecht fue expresamente para hablar, en alemán, en nombre de la social-democracia alemana. La concurrencia no fue numerosa (Marx, según parece, así lo había deseado). Engels menciona, entre los presentes, a Paul Lafargue, F. Lessner y G. Lochner, dos "viejos" de la Liga Comunista, dos sabios ingleses, miembros de la Royal Society. Como Marx no dejó testamento, el problema de su sucesión, y particularmente de sus objetos personales, pero sobre todo de sus manuscritos, no se solucionará sin problemas entre Laura Lafargue, por un lado, Engels y Eleonora, por el otro. Finalmente, es Engels quien recibe los manuscritos, en calidad de ejecutor de las últimas voluntades literarias de Marx. Con el acuerdo de Eleonora destruye, poco después de la muerte de Marx, una parte de su correspondencia privada.

El panteón familiar de Marx fue reabierto por primera vez para recibir el cuerpo del pequeño Harry Longuet, hijo de Jenny, muerto a la edad de cinco años, algunos días después del fallecimiento de Marx. Abierto nuevamente en noviembre de 1890, luego de la muerte de Helena Demuth (Marx y su mujer habían expresado el deseo, según parece, de que Helena, que había jugado un papel tan importante en sus vidas, fuera inhumada al lado de ellos en la misma tumba). La inscripción para Nimmy (sobrenombre de Helena Demuth) grabada en la lápida provocó problemas; Engels discutió el tema con Tussy (Eleonora Marx) y con Laura Lafargue. "Después de haber propuesto diversos epítetos que promovieron todos alguna objeción, me suscribo a la proposición de Tussy de no poner nada más que el nombre" (Engels a Laura Lafargue, el 12 de julio de 1891). Seleccionada esta proposición, la inscripción sobre la modesta lápida toma su forma definitiva:

Jenny von Westphalen
the beloved wife of Karl Marx
Born 12th February 1814, died 2nd December 1881
And Karl Marx
Born May 5th 1818, died March 14th 1883
And Harry Longuet
Their grandson, born July 4th 1878, died March 20th 1883
And Helena Demuth
Born January 1st 1823, died November 4th 1890.

Después de la muerte de Marx, se trató de construir un monumento sobre su tumba (a cargo del Partido social-demócrata alemán), pero la iniciativa duró poco (Marx, según parece, no deseaba que se le levantase un monumento; habría hablado de ello con Liebknecht poco antes de su muerte). Engels, la familia de Marx en Londres y algunos amigos cuidan la tumba; cuando, de tanto en tanto, van a Highgate, en particular con motivo de los aniversarios, no siempre la encuentran en excelente estado.

Acabamos de llegar (tres horas y media) de Highgate. El cementerio es una horrible ciénaga de arcilla; se nos quedó pegado medio quintal en cada pie. Sobre la tumba, Tussy (supongo yo) había plantado un pequeño ciprés, y uno de los antiguos bulbos del croco floreció. La brizna de hiedra que Motteler había traído de la tumba de Ulrich van Hutten, en la isla de Ufenau sobre el lago de Zurich, y que habíamos plantado el día siguiente al entierro de la pobre Nimmy, después de haberla hecho crecer en nuestro balcón, fue robada en gran parte el último verano, pero lo que queda crece bien ahora y está profundamente enraizado en el suelo, de tal modo que no hay que temer una nueva profanación [Engels a Laura Lafargue, 14 de marzo de 1892].

Luego de la muerte de Engels y del suicidio de Eleonora (1898), la tumba está cada vez más abandonada. En 1922 se encuentra en un estado tan lamentable que el Partido Comunista Inglés y algunas organizaciones revolucionarias lanzan un llamado para coleccionar donaciones destinadas a "restaurar la descuidada tumba de Karl Marx". El llamado establece que se necesitarían 25 libras de inmediato para restaurar la lápida, cuya inscripción está borrada, y luego 6 libras anuales para garantizar su mantenimiento permanente. No parece que la acción haya prosperado, pues en 1940 un periodista norteamericano constata que la tumba está abandonada, llena de yuyos, y casi no se ven ofrendas de ramos o flores.

Recién en 1956 el Partido Comunista Inglés, con la ayuda del gobierno soviético, procede al arreglo de la tumba. Los restos son exhumados y transferidos a un nuevo lugar, más elevado, en el mismo cementerio; son agregadas las cenizas de Eleonora. Sobre la nueva tumba se erige un monumento: un enorme busto de Marx, en hierro fundido, apoyado sobre un bloque de granito que lleva la inscripción: "*Workers of all Lands Unite*". Los diarios anuncian, de tanto en tanto, que las delegaciones oficiales de los partidos comunistas

y de los gobiernos de los países comunistas colocan allí coronas florales con motivo de sus estadias en Inglaterra.*

Engels murió el 5 de agosto de 1895, a la edad de 75 años. Contrariamente a Marx, Engels gozaba de una robusta salud. Para festejar su septuagésimo cumpleaños, se reunió en su casa con amigos el 29 de noviembre de 1890, y la fiesta se prolongó hasta las tres de la mañana.

Bebimos, además del bordeaux, dieciséis botellas de champagne. A la mañana tuvimos doce docenas de ostras. Puedes ver que hice todo lo posible para mostrar que estaba todavía vivo y alerta. [Engels a Laura Lafargue, 1º de diciembre de 1890].

Tres semanas antes, sin embargo, Engels había sufrido una dura pérdida: el 4 de noviembre falleció Helena Demuth quien, después de la muerte de Marx, se había instalado en la casa de Engels y se ocupaba de él y de los quehaceres. Quien toma el relevo, administra la casa y hace las veces de secretaria es Luisa Kautsky, recientemente divorciada de Karl Kautsky. Luego de su casamiento con el doctor Ludwig Freyberger (a principios de 1894), éste también va a vivir a la casa de Engels, quien se asegura de este modo una vigilancia médica permanente. A pesar de su edad, no necesita demasiada atención y se siente generalmente bien. En mayo de 1894, sufre un resfrío seguido de una bronquitis. "Me persuadí (después de esta enfermedad) de que, en fin, me he vuelto un viejo" (Engels a Sorge, 11 de mayo de 1894). Pero ya antes de esa enfermedad, Engels se prepara para la muerte. El 29 de julio de 1893, compone un testamento en el que anula los anteriores (había por lo menos uno que databa de la época en la que Marx aún vivía, en el que le legaba todos sus bienes; en caso de fallecimiento de Marx, la herencia debía ser compartida entre las hijas de Marx y Helena Demuth). Engels prepara cuidadosamente la suerte de esos bienes: por una parte, hace diferentes donaciones a sus amigos, a su hermano (al que le lega el retrato de su padre), al Partido Comunista alemán, etc.; por otra parte, toma disposiciones que conciernen a los manuscritos de Marx, que estaban en su poder, y a sus propios papeles; por último, lega la mayor parte de su fortuna a Laura Lafargue, a Eleonora Marx-Aveling y a Luisa Kautsky. El testamento está hecho en el domicilio de Engels, en buena y debida forma, con todas las precauciones legales, delante de testigos. Samuel Moore, Eduardo Bernstein y Luisa Kautsky son designados como ejecutores testamentarios. A esos ejecutores, Engels envía, el 14 de noviembre de 1894, un complemento al tes-

(*) Retengamos también una "transferencia imaginaria" de la tumba de Karl Marx. Una reciente novela de *political-fiction*, en la que la acción está situada en Inglaterra ocupada por los nazis, luego de la derrota de 1940, imagina una ceremonia de transferencia de los restos de Marx. El gobierno alemán decidió ofrecerlos, por así decir, como regalo al gobierno soviético, con el que mantiene amistosas relaciones, luego del pacto de agosto de 1939. La ceremonia, celebrada con toda pompa, se desarrolla en presencia de Ribbentrop y de Molotov, en Highgate. En el momento en que sacan el féretro de Marx, una terrible explosión provoca el pánico. Es un acto de sabotaje; en efecto, la resistencia inglesa había llenado la tumba de explosivos.

tamento precedente. En él, detalla diversas disposiciones nuevas (sobre las que no insistiremos) que conciernen a su fortuna, los manuscritos, la biblioteca, etcétera. Al comienzo agrega un punto referido a sus exequias: "*Es ist mein ausdrücklicher Wunsch dass mein Leichnam eingeäschert und meine Asche bei erster Gelegenheit ins Meer versenkt werde*".* El mismo día le escribe una carta a Laura y a Eleonora en la que explica algunos puntos de sus últimas voluntades (sin mencionar, sin embargo, nada con respecto al arreglo de sus exequias) y que termina con una suerte de adiós: "Y ahora adiós, mis queridas, queridas hijas. Ojalá puedan vivir una vida larga y sana, física y moralmente, y puedan extraer felicidad de ella." No sabemos exactamente cuándo le vino a Engels la idea de fijar así las modalidades de sus exequias y si habló del tema con sus amigos.

Engels compuso el testamento de julio de 1893 antes de viajar al continente. En agosto, Engels, recibido triunfalmente, asiste al congreso de la II Internacional en Zurich. De regreso a Inglaterra, trabaja a lo largo del 1894 en el tercer volumen de *El Capital* (su prefacio lleva la fecha de 4 de octubre) y, al mismo tiempo, redacta algunos artículos para la *Neue Zeit*. A principios de 1895, continúa trabajando en lo que queda del *Capital* y redacta su prefacio a la *Lucha de clases en Francia*. En mayo de 1895, Engels se queja de una inflamación muy dolorosa en el cuello que le impide dormir. "Estoy momentáneamente bastante mal, pero no es grave", escribe el 4 de junio a Danielson. Sin embargo, era grave: Engels tiene cáncer de garganta. Siguiendo el consejo de su médico, se va a la costa, a Eastbourne.

Estoy mejor, pero, según las leyes de la dialéctica, los lados positivos y los aspectos negativos se amplifican ambos. Tengo más fuerza, como mejor y con más apetito, y tengo buen aspecto, según lo que me dicen. Pero, al mismo tiempo, la enfermedad progresa, la inflamación aumenta, los dolores son más fuertes, el sueño cada vez más breve [Engels a Bernstein, 18 de junio de 1895].

A fines de julio, Engels vuelve a Londres, al 41, Regent Park Road, donde se había mudado recientemente. Su médico es consciente de que el final se acerca, pero Engels parece creer que todavía va a curarse. Sin embargo, delante de su enfermera y de su cocinera en calidad de testigos, agrega todavía algunas modificaciones a su testamento. Lo que lo atormenta siempre es el destino de los manuscritos, pero también el legado de sus bienes. Engels, en el momento de su muerte, es un hombre bastante rico, su fortuna representa alrededor de 30.000 libras. Ya no puede hablar y se comunica escribiendo en una pizarra. La víspera de su muerte, Tussy, Eleonora Marx, viene a verlo para obtener de él aclaraciones sobre un asunto que le interesa a ella muy particularmente. Se trata de la paternidad de Freddy Demuth, hijo ilegítimo de Helena Demuth. Poco tiempo antes, Engels había confirmado a Luisa Kautsky y a Samuel Moore que Freddy era efectivamente hijo de Marx y que él, Engels, sólo había asumido su paternidad para hacerle

* "Mi deseo explícito es que mis restos mortales sean incinerados y que las cenizas, en la primera oportunidad, sean lanzadas al mar."

un favor a Marx y para sacarlo de una situación comprometida con respecto a su mujer. Tussy, informada por S. Moore, no lo puede creer.

[Ella] replicó que General (sobrenombre de Engels utilizado por sus familiares) mentía y que él mismo había dicho siempre que era el padre... Moore preguntó de nuevo a General, pero el anciano se limitó a lo que había dicho: Freddy era efectivamente el hijo de Marx. Le dijo a Moore: "*Tussy wants to make an idol of her father*." Entonces, el domingo, la víspera de su muerte, General se lo escribe a Tussy en la pizarra. Y Tussy salió tan conmovida que se tiró en mis brazos y lloró amargamente [Luisa Freyberger a A. Bebel, 2 y 4 de septiembre de 1898].

Engels se apagó el lunes 5 de agosto de 1895. Las exequias tuvieron lugar el sábado 10 de agosto. Alrededor de 80 personas, la familia de Engels, sus amigos, delegados socialistas de diversos países (entre otros Bebel, Liebknecht, Bernstein, Lafargue, Vera Zasulich, Lessner) acompañaron los restos mortales a la estación privada de la Necropolis and National Mausoleum Company, de donde un tren fúnebre transportó al cuerpo y a la concurrencia al crematorio de Woking. Antes de la cremación se pronunciaron algunos discursos (Moore, Liebknecht, Bebel, Paul Lafargue y G. A. Schlechtendahl, un sobrino de Engels). Engels no había indicado el sitio en el que debían sumergirse sus cenizas. Sus amigos eligieron Beachy Head, un lugar cerca de Eastbourne que a él le gustaba. Un día de otoño (no hemos logrado precisar la fecha) Bernstein, Lessner, Eleonora Marx-Aveling y su marido subieron a bordo de un pequeño barco, se alejaron, y a algunas millas de la costa sumergieron la urna con las cenizas en el mar agitado.

Acabamos de presentar dos relatos de los hechos y de su encadenamiento que podrían encontrarse al final de las biografías por así decirlo, "clásicas" de Marx y de Engels. Estos relatos ("la intriga", para retomar la expresión de Paul Veyne) siguen siendo necesariamente incompletos. Se les podría agregar varios detalles más que nosotros hemos omitido, entre otras por una cuestión de espacio; algunos datos nos faltaron. El relato de los acontecimientos suele ser demasiado selectivo y a la vez está lleno de lagunas. Incluso en un caso relativamente simple como el nuestro, a saber el de los "últimos días" de dos hombres sobre los que disponemos de testimonios particularmente abundantes, es imposible tener un relato "completo" que englobe a todos los acontecimientos. La definición misma del *acontecimiento*, esa partícula elemental de la *intriga*, ¿no es acaso necesariamente arbitraria, marcada por la escasez o por la sobreabundancia de las fuentes disponibles?

Nos pareció útil recordar los relatos de los acontecimientos en estado más o menos "crudo", aunque sólo fuera para *contrastarlos*. En efecto, demasiado a menudo las vidas cruzadas y la obra común de Marx y de Engels parecen borrar la *diferencia* en las actitudes frente a la muerte que, sin embargo, se refleja en los ritos funerarios opuestos. Ver desfilar la *historia de la historia* de sus muertes, examinar las estrategias discursivas tan múltiples como diversas que fueron utilizadas en esta ocasión, sería una seductora tarea que sobrepasa ampliamente el marco de este ensayo. Detengámonos

solamente en el caso en que la desaparición de esa diferencia es el resultado de una estrategia ideológica deliberada y llevada al extremo. Nos referimos en particular al discurso hagiográfico sobre Marx y Engels. Engels, en efecto, le reprocha a Tussy el querer hacer de su padre un ídolo, pero él mismo inaugura el discurso hagiográfico sobre Marx, en particular en su alocución frente a la tumba de su amigo (como lo hemos señalado, también destruyó una parte de los papeles privados de Marx que podía perjudicar su imagen). Pero es sólo con la institucionalización del marxismo en tanto que ideología estatista que el discurso hagiográfico toma su forma estereotipada. Se puede encontrar, con todas las redundancias posibles, en las enciclopedias, los manuales escolares, las biografías oficiales (es decir, aprobadas en las altas esferas como ideológicamente "correctas") editados en los países comunistas. La muerte no está presente más que para ser borrada. En efecto, transformar a los individuos en equivalentes a símbolos es hablar de su muerte en términos de inmortalidad. De este modo se borra la diferencia entre las dos muertes, al investir una y otra con el mismo simbolismo: tanto Marx como Engels murieron luchando por la causa justa y sus muertes fueron tan ejemplares como sus vidas (al mismo tiempo, sus biografías están purificadas de todo lo que podría atentar contra la buena moral). Más allá del acontecimiento de la muerte, lo que se afirma y se exalta es la perennidad de la obra. Perennidad de la que da testimonio, en primer lugar, la victoriosa construcción del socialismo. Perennidad, luego, por el hecho de que sus ideas se mantienen siempre vivas, en particular en la obra y el pensamiento de Lenin, de Stalin, de Mao Tse Tung, o incluso de Enver Hodja. (Los nombres de los "fieles continuadores de la obra inmortal de Marx y Engels" varían, por supuesto, en función del tiempo y del lugar en los que se fabrica esa clase de discurso.) Dicho de otro modo, la muerte de los padres fundadores no dejó un vacío, sino un lugar a ocupar por aquellos que han sido designados como herederos y legítimos intérpretes de la doctrina del discurso hagiográfico. Al mismo tiempo, la muerte de Marx y de Engels no marcaría en lo más mínimo la ruptura, sino la continuidad, es el punto de anclaje de la ortodoxia. La ritualización del discurso hagiográfico se resume del modo más sucinto en la propaganda visual, como por ejemplo, los grandes afiches que presentan una suerte de medallón con los perfiles superpuestos, empezando por Marx y Engels para terminar con el último de los herederos designados...

El discurso hagiográfico al que la propaganda da un giro tan caricaturesco como burocrático ¿no traduciría, acaso, a su manera, el hecho de que en el marxismo se trata a la muerte sólo borrándola? En efecto, hay poco del tema en la obra de Marx y Engels, salvo para afirmar una suerte de arranque prometeico, la superación de la muerte individual por medio de la expansión del *Gattungswesen*, o incluso por la ineluctable marcha de la Historia. ¿Cómo andar, entonces, en un discurso ideológico y filosófico tal, dos actitudes individuales frente a la muerte que se reflejan, una por el entierro en la sepultura familiar, y la otra por la dispersión de las cenizas en el mar?

Volvamos a nuestros contrastados relatos. ¿Las recientes investiga-

ciones sobre la historia de las mentalidades y en particular sobre las actitudes colectivas frente a la muerte permiten hacer una nueva lectura de aquéllos? La respuesta no puede ser más que hipotética y matizada. Intentemos, sin embargo, proponer un bosquejo, aunque sólo fuera para hacer sobresalir las particularidades de ese enfoque. Por la constitución de su objeto, y por consiguiente, por sus métodos y la elección de sus fuentes, la Historia de las mentalidades se interesa en lo colectivo, es decir, prefiere lo seriado y a largo plazo. Al reunir las actitudes frente a la muerte con sus expresiones simbólicas, y particularmente con los ritos funerarios, al transformarlos en objeto de interrogación sociológica y antropológica, la historia de las mentalidades supera necesariamente el nivel individual y psicológico. Al mismo tiempo, el estudio de la evolución de las actitudes colectivas frente a la muerte no pretende aportar una respuesta a las preguntas que surgen en el discurso biográfico, en particular a las preguntas que conciernen a la psicología individual, el sentido que toma la cercanía de la muerte en una vida que se termina. Por otra parte, la historia de las mentalidades desconfía de cualquier reducción de las actitudes y los comportamientos colectivos a discursos filosóficos e ideológicos que buscan pensar la muerte, investirla de un "sentido". Hecha esta aclaración, tanto el relato biográfico como el discurso ideológico pueden interesar a la historia de las mentalidades. El primero, aunque más no sea en la medida en que permite estudiar la separación entre lo individual y lo colectivo, entre la psicología individual y los comportamientos colectivos. El segundo, aunque más no sea en la medida en que permite estudiar el impacto real de las ideologías sobre las mentalidades, en particular en el caso en que éstas intentan modelar o hacer doblegar las actitudes frente a la muerte.

En esta perspectiva, el paralelismo de dos muertes, la de Marx y la de Engels, presenta un cierto interés, tanto debido a sus rasgos comunes como debido a su contraste. La muerte de Marx presenta pocas diferencias con respecto a los paradigmas que se instalan en la segunda mitad del siglo XIX. Como en todas las capas sociales acomodadas, hasta la pequeña burguesía, se trata de una muerte de gran "medicalización". El entorno, y en especial la familia, garantizan desde muy temprano una vigilancia médica, a partir del momento en que los signos de una enfermedad grave se presentan. (En esta perspectiva, la reacción de Engels en contra del "ensañamiento médico" es bastante remarcable y parece ser más bien excepcional.) El enfermo recibe los cuidados y muere en su casa, en su hogar, y no en el hospital, que todavía es un lugar reservado a los pobres. Ningún ceremonial acompaña los últimos instantes; la muerte es un acto privado que tiene como escenario la habitación del moribundo y como única concurrencia su familia y su entorno más próximo. El escenario de las exequias queda, por así decirlo, preparado automáticamente por el hecho de la inhumanación de Jenny Marx en una sepultura familiar (los Marx, sin embargo, no pensaron comprar un lugar para la sepultura familiar en el momento en que la familia fue golpeada por sucesivas muertes, en particular cuando murió el hijo de ellos, Edgar, en 1855. Esto se explica seguramente por la falta permanente de dinero, cuando no la pobreza, que soportaban en aquella época). Los ritos funerarios son

laicos, pero esto ya no es una cosa excepcional en Inglaterra en ese momento. En ese marco tuvieron lugar los discursos, equivalentes a elogios al difunto, y cuyos contenidos expresan, por supuesto, la excepcional personalidad de Marx. La sepultura es concebida como objeto de un culto íntimo; será más o menos cuidada por la familia o por los amigos que plantan flores allí y más o menos seguido se dan cita en el lugar, especialmente para los aniversarios del nacimiento o la muerte. La inhumación en la misma sepultura de Helena Demuth, fiel gobernanta, hace valer aun más esta actitud intimista, "familiar" (todavía más en la medida en que queda bien guardado el secreto de las complejas relaciones que se instalaron en la familia después del nacimiento de Frederick Demuth). A estos comportamientos y a estos ritos se incorporan las actitudes y los símbolos ligados al hombre público, fundador del marxismo, que hemos evocado y que desembocan en la transferencia de la tumba, la erección de la monumental escultura, etcétera.

La muerte de Engels contrasta con la de Marx sobre todo por el ritual funerario (dejamos de lado varios detalles, en particular la cuestión del testamento: Engels hace varias versiones de él, Marx no deja ninguno). La diferencia, sin embargo, es de tamaño. Engels concibe para su muerte todo un escenario, en el que se combinan el lado barroco, la puesta en escena complicada, y una remarcable voluntad de aniquilar el cuerpo. Es inútil insistir en la diferencia entre el escenario y el paradigma dominante. De por sí, la elección de la incineración como rito funerario traduce la diferencia. En aquella época, era un procedimiento completamente nuevo y su práctica es un comportamiento marginal. Recién en 1884 el juicio de un tribunal declara la legalidad de la cremación en Inglaterra, y un año más tarde tiene lugar la primera cremación en Woking. En 1888, se contaban en total sólo 100 cremaciones; el número crece bastante rápidamente y alcanza a alrededor de 1.800 personas en 1900. Sería demasiado largo examinar aquí las razones que se dieron en favor de la cremación, y los cambios de actitudes frente a la muerte que la rápida difusión de esta práctica revela. Retengamos solamente que el movimiento se inicia en las élites "iluminadas" y que reivindica un cierto cientificismo moralizante (higiene, urbanismo, falta de espacio en los cementerios, etc.). En la época en que Engels muere, la norma es la de conservar las urnas con las cenizas en un columbarium (recién más tarde se instala la costumbre del "jardín de los recuerdos" habilitado cerca del cementerio, en el que las cenizas son dispersadas). Al imaginar la inmersión de sus cenizas en el mar, Engels lleva al extremo un comportamiento elitista y marginal, da libre curso al individualismo en lo que respecta a la actitud frente a la muerte. El sentido psicológico de su gesto no nos concierne en este lugar; por otra parte, como ya lo hemos indicado, Engels mismo no se explica al respecto. Digamos, por el contrario, que no parece ser que el escenario haya chocado a sus amigos o sus camaradas como si se tratara de una extravagancia. Por lo menos no hemos encontrado ningún testimonio de una reacción de ese tipo, y de todos modos, la última voluntad de Engels fue respetada escrupulosamente. Digamos también que Engels no buscó darle ninguna justificación filosófica o ideológica a ese escenario, ni hacerlo concordar, por así decirlo, con el marxismo. Le daba un sentido

militante a su vida, oponiéndole a ésta precisamente su muerte. De este modo, con motivo de su septuagésimo aniversario escribió: "Estén seguros de que lo que me queda de vida y de fuerza será utilizado en el combate por la causa proletaria. En el momento en que no valga para la lucha, entonces que se me permita morir" (Engels al Consejo Nacional del Partido Obrero Francés, 2 de diciembre de 1890, en una carta de agradecimiento por las felicitaciones). Concibe su muerte como un asunto personal, privado, del que tiene el derecho a disponer libremente. Al mismo tiempo, se aprovecha del espacio de libertad que la sociedad británica ofrece al individuo, hacia fines del siglo XIX, para imaginar y disponer el ritual de su muerte.

Sería demasiado largo entablar una discusión sobre el impacto del marxismo en las actitudes frente a la muerte. Una vez que se convirtió en la ideología dominante en las sociedades totalitarias, necesariamente debía alimentar la voluntad de modelar todas las actitudes humanas, incluidas las referidas a la muerte. De este modo, las tentativas por inventar y por imponer nuevos ritos funerarios y un nuevo simbolismo de la muerte no faltan en la historia de las sociedades comunistas. Su análisis ofrecería un fascinante capítulo de la historia de las relaciones entre ideología y mentalidades colectivas (por otra parte, éstas han manifestado una resistencia remarcable). En ese capítulo, una extensa página debería ser consagrada a las gigantescas pompas fúnebres en la Plaza Roja o en la Plaza Tien An Men, a los mausoleos que allí se levantaron para exponer como en un espectáculo los cuerpos embalsamados y ofrecerlos como objeto de culto. Pero eso nos alejaría demasiado, en el espacio y en el tiempo, de una tumba en Highgate y de un lugar en el mar, de imprecisas coordenadas, a algunas millas de Eastbourne.